

## Raymond Aron: un espectador comprometido

Raymond Aron ha sido a lo largo de toda su trayectoria intelectual, en primer lugar, un profesor universitario y académico, cuyos libros, variados en cuanto a calidad y campo de interés, han tenido una recepción diversa, pero que han aportado siempre elementos de reflexión de importancia en materias tan aparentemente diferentes, pero tan íntimamente relacionadas como la filosofía de la historia, la sociología y la teoría de las relaciones internacionales. Pero, además, Aron ha sido un ejemplo prototípico del intelectual presente ante la opinión pública en la vida cotidiana a través de sus pronunciamientos en forma de artículos. Cuando, hace tan sólo unos meses, redactó sus memorias, les dio un título que obedecía a esta faceta de su personalidad: «Cincuenta años de reflexión política». Su vida, con todas sus alternativas, consistió precisamente en una meditación sobre la vida política nacional e internacional, y, por supuesto, esto se aprecia también en sus libros, en los que se transparenta a menudo, incluso cuando tratan sobre los problemas más abstractos o más generales, una preocupación evidente por la situación política internacional o francesa. Gran parte de su influencia intelectual no nació de sus libros, sino de su reflexión semanal, por ejemplo, en *L'Express*, seguida siempre con interés en su país y fuera de él, y objeto frecuente de polémicas.

La posición de Aron respecto de la vida política puede quedar muy bien definida en lo que él mismo escribió en su libro de *Memorias* y en la larga entrevista concedida a dos jóvenes, Jean-Louis Missika y Dominique Wolton, en 1981, que fue publicada también en forma de libro. En sus *Memorias*, Aron se definió como un analista y un crítico. Lo era incluso en materias candentes, objeto de enconadas polémicas en Francia; en más de una ocasión lo que se le reprochó fue precisamente pronunciarse con un exceso de frialdad en cuestiones no propicias a ella. La cualidad de analista suponía en él, en primer lugar, el interés por los acontecimientos, pero al mismo tiempo también un cierto alejamiento de ellos. Siempre pensé que carecía del interés, tan característico del periodista, por la no-

ticia. También carecía, a diferencia del político, de pasión por el poder y de la voluntad de ocultar, en su lengua o en su pluma, la mínima parte de lo que realmente pensaba. Su posición era la tan orteguiana del «espectador comprometido», título que sirvió precisamente para denominar las conversaciones a las que acabo de hacer mención. Era «comprometido» en cuanto que no renunciaba a tomar parte en la problemática de la vida política de su país y del mundo, pero tenía la condición de espectador en la evidente voluntad de dar a sus juicios un carácter no sólo imparcial, sino trascendente de los acontecimientos. Para él el exceso de apego a lo cotidiano y a lo vivo, lejos de hacer más profunda la reflexión filosófica, a lo que conducía, en personas como él, era, por el contrario, a la esterilidad.

En el fondo eran criterios filosóficos o, si se quiere, de concepción del mundo y de la vida los que guiaban su reflexión política. Así lo afirman, sin ningún tipo de dudas, Missika y Wolton. Para ellos, miembros de la generación de 1968, Aron venía a ser una especie de polo negativo y al mismo tiempo de objeto de interés por lo que tenía de extraordinario: era un pensador valioso, a pesar de ser de lo que ellos consideraban como de derechas. Discutiendo con Aron llegaron a la conclusión de que era en realidad aquel tipo de planteamiento el que había guiado toda su acción como mentor de la sociedad francesa de su tiempo. Aron no pensaba que la historia estuviera determinada inequívocamente hacia un sentido o una finalidad; no tenía, por tanto, sentido ese mesianismo tan característico del siglo xx, que ha sido, por el intermedio de los sistemas totalitarios, el que tantos muertos ha producido. Por eso repudiaba la confusión, tan característica de las actitudes totalitarias, entre la moral y la política. Con excepción de las doctrinas totalitarias, que precisamente por su sentido maniqueo convierten al adversario en el mal absoluto y, en realidad, son ellas mismas el mal absoluto, los sistemas sociales en general son imperfectos y la lucha entre los grupos políticos demuestra su imperfección también. En definitiva, el papel que Aron se atribuía a sí mismo, como espectador comprometido, era el de distinguir, en la vida política, frente a los mitos, entre lo preferible o lo detestable. En una ocasión escribió que los intelectuales, al ocuparse de la política, tendían a convertirse en confidentes de la providencia o en Consejeros del Príncipe; en definitiva, tendían a la interpretación totalitaria de la Historia o a ser intelectuales cortesanos. Aron, en cambio, optó por lo más difícil, pero también lo más liberal y lo más beneficioso para quienes le leían. Nunca pensó, como, por ejemplo, los marxistas, que hubiera un sistema ideológico que fuese el instrumento único del conocimiento; la confrontación regular con los acontecimientos políticos, económicos y sociales del mundo le libró siempre del vértigo de la ideología. Él prefería, como también hubo de escribir, «la experiencia, el saber concreto y la modestia». A esas dos actitudes citadas como más habituales en los intelectuales enfrentados con la vida política habría, por último, que añadir la que él mismo representó, la del «spec-

tador comprometido», que es, en realidad, la del intelectual liberal, respetuoso con la realidad y al mismo tiempo capaz de modificarla.

La vida, como «espectador comprometido», de Raymond Aron, a partir de estas premisas, transita por la mayor parte de las polémicas intelectuales no sólo de la Francia que vivió, sino también del Occidente con quien se identificaba. Al final de la trayectoria, consciente de la proximidad del final, Aron, en sus *Memorias*, juzgó que la mayor parte de las causas por las que había luchado merecían el tiempo y el entusiasmo que les había dedicado. No creía haberse equivocado en lo principal. Último ejercicio de su brillante capacidad de análisis, el interés de ellas reside no sólo en ser un ejercicio de introspección personal, sino una reflexión sobre nuestro mundo. De ahí la necesidad de referirse a esta vida: nos muestra una trayectoria inequívoca en lo que respecta a coherencia, pero nos plantea también los grandes temas de nuestro tiempo.

Aron nació en el seno de una familia judía seriamente influida por el recuerdo del *affaire* Dreyfuss. Tanto este origen familiar como su dedicación intelectual a la filosofía le empujaban en los años de juventud a una vinculación con una izquierda sentimental y vaga en cuanto a programas. Compañeros suyos de estudios fueron Jean Paul Sartre y Paul Nizan, al principio dotados de un interés por la política relativamente escaso y luego ejemplos del intelectual de izquierdas. Sartre se creía a sí mismo capaz de alcanzar las cumbres filosóficas de un Hegel, pero, en realidad, sus pronunciamientos sobre los políticos eran al principio por completo despectivos, como, en realidad, siempre lo fueron. Era la misma postura de uno de los maestros de Sartre y de Aron, el filósofo Alain. Lo que desde el presente reprochaba Aron a Alain en sus *Memorias* era su tono excesivamente sentimental y, por así decirlo, irresponsable. El mismo decía que sus ideas políticas se basaban simplemente en decir lo que pensaba de unas cuantas personas a las que detestaba. Pero esta misma capacidad de autorridiculizarse de Alain encerraba serios peligros para aquellos medios en los que alcanzaba influencia. Su vaga defensa de la paz, por ejemplo, no tuvo de hecho en cuenta los peligros que para ella nacían por no ser capaces de hacer frente a la agresividad de las potencias fascistas. Para el Aron del final de su vida el caso de Alain era el del intelectual irresponsable, incapaz de medir las consecuencias que, en el terreno de la política propiamente dicha, habrían de producir necesariamente sus pronunciamientos intelectuales.

La formación intelectual de Aron se completó en Alemania. Fue este país el que le proporcionó su primer campo de atención intelectual: la filosofía de la historia, que en Alemania, en esta época, se identificaba en buena medida con la sociología y que cuenta entre la obra de Aron como lo destinado a desaparecer en un plazo más corto de tiempo. Pero sobre todo Alemania fue para Aron el descubrimiento de un guía o una orientación intelectual de mayor enjundia que Alain y la experiencia del advenimiento al poder de los nazis. De Max Weber supo captar la enseñanza

vital, política e intelectual del académico que quiere estar presente en la vida política y que lo hace de una manera responsable. En él —nos cuenta— encontró, unidas indisolublemente, la experiencia de la historia, la comprensión de la política, la voluntad de saber la verdad y, en fin, la capacidad para la acción. A partir de este momento, la visión política de Aron se nutrió, en su talante, de la capacidad de medir las consecuencias, incluso las no queridas, de la acción en el terreno de la vida pública. En sus juicios, incluso los más recientes, sobre la política francesa, siempre estuvo presente este factor decisivo. Aprendió también con el auge del nacionalsocialismo el papel de lo irracional en la historia. Supo ver lo que había de demoníaco en el hitlerismo, pero —pensó después— quizá comprendió demasiado al movimiento nazi: su frialdad de juicio le impedía vituperar lo que era objetivamente digno de serlo.

En 1933 volvió a Francia, y en los años que preceden a la segunda guerra mundial aparecieron sus tres primeros libros, que versaban, como queda dicho, sobre filosofía de la historia. Aunque no en primera línea ni desempeñando un papel relevante, Aron vivió con intensidad los debates políticos e intelectuales entre 1934 y 1939. Seguía siendo un hombre, al menos sentimentalmente, de izquierdas y por ello votó al Frente Popular en las elecciones de 1936. Ya, sin embargo, le separaba de la mayor parte de la izquierda de su época algún rasgo de su posición personal. Nunca, a diferencia de Sartre, su compañero de estudios, identificó a la derecha con el mal. En política, concluyó, «se eligen los adversarios, no se eligen los aliados». Por eso podía estar, por ejemplo, de acuerdo con algunos de los puntos de vista de la derecha, como la crítica al programa económico del Frente Popular, que a Aron siempre le pareció absurdo. Porque a la izquierda «siempre le encanta celebrar sus derrotas», decía Aron, la imagen histórica de la etapa del Frente Popular ha permanecido como positiva, pero lo fue mucho menos y no sólo por esa razón. Aron vio también en este momento que el ideario democrático con el que se identificaba estaba mal servido tanto en el terreno intelectual como en el de la misma práctica política. En el primero fue suicida el pacifismo a ultranza de parte del mundo intelectual y cultural, y fue también un grave error el no tener en cuenta el totalitarismo coincidente de Hitler y de Stalin. Aron fue una excepción respecto de estos dos puntos concretos, que facilitaron de forma más o menos directa, —cuando vino la derrota, la fácil autodestrucción del sistema republicano. Pero ésta también se vio ayudada por la práctica política en el seno del régimen republicano. Probablemente fue esto último lo que a Aron le acabaría acercando al gaullismo, del que sería militante heterodoxo durante algún tiempo. Su posición con respecto a la guerra civil española también estaba llena de matices. De corazón estaba con los republicanos, pero el destino sufrido por algunos de sus amigos liberales españoles parece haberle movido, con el paso del tiempo, a una actitud de escasa beligerancia intelectual en un conflicto como el español, que la provocaba inevitablemente.

Una decisión fundamental en la vida de Aron fue la que tomó en el momento de la derrota de Francia ante Alemania. El mismo reconoce que la mayor parte de los combatientes aceptaron la derrota y su corolario de la sumisión a Vichy, pero éste no fue su caso. Huido a Inglaterra, escribió allí en un periódico titulado *La France Libre*, que, si bien era gaullista, siempre actuó con una cierta independencia de criterio. En el caso concreto de la revista citada, es significativo que Aron, a través de sus colaboraciones, no diera una visión maniquea de la Francia de Vichy. Al final de sus días afirmó que, en realidad, Pétain y sus colaboradores habían sido muchísimo más culpables que lo que él pensó desde Inglaterra, pero, al mismo tiempo, mantenía su juicio fundamental: el momento de decisión fundamental no fue 1940, sino 1942, cuando se produjo el desembarco aliado en el Norte de África. Todo lo que hubiera podido tener de justificable la postura de Pétain hasta entonces dejaba de tenerlo a partir de ese momento. Por otro lado, Aron, como tantos otros, ignoraba la realidad del Holocausto del pueblo judío. En todo caso, ya en esta actitud aparece bien claramente algo que será una constante de la posición personal de Aron ante la política: la incapacidad de convertirse en practicante de la política partidista.

Los diez años que van desde 1945 a 1955 parecen, sin embargo, desmentir esta realidad. Ese período de la vida de Aron estuvo, en efecto, marcado por la dedicación al periodismo y a la política hasta el punto de que en el momento de redactar sus *Memorias* se preguntaba si no habrían resultado «diez años perdidos». Pero en 1945 la vida política era al tiempo demasiado trágica y demasiado importante como para privarse de practicarla. Aron, que no sentía gran entusiasmo por la mentalidad revolucionaria existente en aquellos momentos, experimentó, en cambio, la atracción que fue también manifiesta en algunos de sus amigos: fue colaborador, por ejemplo, de un Malraux, que había abandonado su antigua vinculación con el comunismo. Por otro lado, su amistad con Sartre se resintió de que éste entrara, con un entusiasmo impensable años atrás, en la vida política partidista. Retrasando diez años su dedicación intelectual, Aron dedicó esta etapa de su vida a la Administración y al periodismo. El segundo lo ejerció en *Combat*, diario gaullista, pero al mismo tiempo dotado de un atractivo intelectual, que le proporcionaba firmas como la de Camus. Desde 1947 empezó a colaborar con *Le Figaro*: eligió este periódico en vez de *Le Monde* quizá porque este último se identificaba con la oposición a la OTAN, en la que Aron no estaba de acuerdo.

En 1947 Aron hizo más todavía: se hizo militante del RPR gaullista. En realidad fue militante de una manera muy especial, y de la que no estaba ausente el escepticismo sobre la propia capacidad para la política partidista ni la indisciplina en posiciones concretas. Vista retrospectivamente, su toma de postura parece haber estado motivada sobre todo por la coincidencia en el diagnóstico del gaullismo acerca de la inviabilidad para Francia de un sistema de fragmentación parlamentarista como el de

la IV República; siempre fue Aron partidario de una autoridad ejecutiva fuerte. A ello hay que añadir otro factor más: de entre los partidos políticos existentes en Francia, el gaullista era el más marcadamente anticomunista. Al mismo tiempo, sin embargo, Aron mantuvo posturas que se alejaban de la ortodoxia gaullista. Así, por ejemplo, siempre fue un defensor militante de la construcción de Europa y del acercamiento entre Alemania y Francia.

Por otro lado, se opuso también a algunos intelectuales que pretendían que la postura francesa, en cuanto a la política internacional, fuera neutralista. Sobre este particular mantuvo una disputa con el filósofo Gilson. Se trataba de apreciaciones distintas respecto a la realidad norteamericana y la disposición de los Estados Unidos para defender Europa, pero, en el caso de Aron, se manifestaba también así su voluntad de defender de manera consecuente los principios de la democracia occidental. Su tarea en el «Congreso por la Libertad de la Cultura», al lado de personas de ideología liberal y socialdemócrata, consistió precisamente en eso. Lo cierto es que esta tarea estuvo vinculada a una financiación por parte de los organismos de propaganda norteamericanos, pero, según Aron, nunca defendieron sistemáticamente la diplomacia norteamericana, sino una posición anticomunista desde un pluralismo efectivo. Sus libros de esta época son también, fundamentalmente, sobre política internacional. Fue Aron el que acuñó la expresión de que en aquellos momentos, como en los presentes, «la paz es imposible y la guerra es improbable». La guerra fría o, si se quiere, la «paz belicosa» no tenía otro motivo de ser que la existencia del totalitarismo en Rusia y los países satélites, de acuerdo con una opinión suya, que se ha demostrado, históricamente, como cierta.

Este período de la vida de Aron se cierra con un libro, *El opio de los intelectuales*, que es, indudablemente, uno de los análisis más brillantes que salieron de su pluma y, al mismo tiempo, resulta también uno de los que despertaron en el mundo intelectual mayor debate e incluso repudio de su figura. En aquel momento, la cuestión decisiva para el mundo intelectual era la posición con respecto a la Unión Soviética. La tesis mantenida por Sartre, por ejemplo, consistía en afirmar, en primer lugar, que la Unión Soviética pronto alcanzaría a las naciones occidentales respecto a nivel de vida, y que, en todo caso, eran disculpables las supresiones de la libertad ante la evidencia del proceso revolucionario de carácter muy positivo. *El opio de los intelectuales* fue un libro iconoclasta que sirvió, fundamentalmente, para denunciar el carácter religioso con el que el marxismo era recibido en los medios intelectuales franceses y la renuncia que, a partir de él, se hacía a los exámenes analíticos rigurosos acerca de la sociedad soviética y la práctica del marxismo. En esas condiciones, el libro merece, por supuesto, una lectura actual.

En 1955, a pesar de indudables dificultades provocadas por la aparición de *El opio de los intelectuales*, Aron volvió a la docencia universitaria en la Cátedra de Sociología de la Sorbona. Para mí —nos cuenta—, «la

enseñanza fue una bendición», que le libró de la política partidista y le permitió conquistar, aun yendo contra corriente, un prestigio indiscutible en el mundo intelectual francés.

Pero, al mismo tiempo, siguió escribiendo en *Le Fígaro* sobre los principales problemas de la política francesa. Si iconoclasta había resultado *El opio de los intelectuales* para los medios intelectuales de izquierda, sucedió exactamente lo mismo con su opinión acerca de la descolonización argelina respecto de la derecha, tal y como apareció en las páginas ya conservadoras de *Le Fígaro*. La tesis de Aron era que Argelia era más una carga que una riqueza, que debía ser abandonada porque era inevitable y que, además, correspondía perfectamente a la ideología de las potencias occidentales emprender por ellas mismas el proceso descolonizador. Sus artículos merecieron entonces ataques, al juzgarse su posición no sólo no patriótica, sino excesivamente fría y resignada. Sin embargo, a pesar de todas estas acusaciones, no estuvo de acuerdo con parte de la intelectualidad, representada, una vez más, por Sartre, cuando invitó a desertar a los soldados franceses. Aron siempre fue un gran acuñador de frases. Una de las que le fue más violentamente reprochada fue «el heroísmo del abandono», aplicada al caso argelino.

La guerra de Argelia trajo como consecuencia el advenimiento de la V República francesa, sobre la que los juicios de Aron fueron muy matizados. Desde luego, le satisfacía el abandono del parlamentarismo fragmentario característico de la etapa anterior, como también le satisfacía la solución dada al problema de Argelia. Pero el sistema engendrado por De Gaulle tenía como inconveniente el abandonar al país, cada siete años, a una alternativa del puro mantenimiento de la situación o el caos, cosa que, según Aron, necesariamente debía llevar a que el electorado acabara provocando el caos. No es demasiado diferente el mecanismo que ha dado la victoria ahora al Partido Socialista. Respecto a la política internacional, no aceptó la política equívoca y espectacular del general De Gaulle, sobre todo con respecto a la Unión Soviética. De Gaulle, pensaba Aron, acostumbró a los franceses a «equivocarse de enemigo», pero el filósofo apoyó, en cambio, la creación de una fuerza nuclear estratégica y mantuvo una idéntica reticencia que la del General con respecto al papel de los británicos en la construcción de Europa.

Quizá el comienzo de la década de los sesenta es el período de mayor productividad intelectual de Aron. Fue en estos años en los que escribió su trilogía sobre la sociedad industrial y la democracia, trilogía que establece una comparación analítica de enorme interés entre los sistemas de los países occidentales y los del Este de Europa. No es nuestra misión examinar aquí esta obra, pero sí indicar que pertenece muy claramente al espíritu de la época la confianza puesta en una cierta convergencia entre los sistemas económicos y políticos de uno y otro lado de Europa y el diagnóstico acerca del llamado «fin de las ideologías». Sin embargo, como dice el propio Aron, uno y otro aspecto han sido exagerados por los exegetas de sus

libros. También escribió frecuentemente sobre teoría de las relaciones internacionales. Sobre la práctica de las mismas merece la pena recordar que el juicio de Aron se demostró profético respecto de la imposibilidad de los Estados Unidos de ganar la guerra del Vietnam, porque una democracia que no está convencida de la justicia de su causa es incapaz de entregarse a fondo en una guerra.

En 1968 Aron fue capaz de demostrar, de nuevo, como había hecho en 1955, su capacidad para estar en contra de lo habitualmente admitido en los medios intelectuales. El había sido crítico de la organización universitaria francesa, pero no tomó en serio la mal llamada «revolución» de 1968. Para él fue, simplemente, una semana de algaradas estudiantiles enfrentadas a un Estado como el de la V República, que, en realidad, tenía los pies de barro. En un texto, redactado apresuradamente, Aron definió lo sucedido como «la revolución inencontrable»; aquello no había sido la toma de La Bastilla, sino, a lo sumo, «la toma de la palabra». Desde su habitual frialdad mostró, una vez más, su característico desvío con respecto a este tipo de acontecimientos entre románticos y bufos tan característicos de la historia francesa. «El pueblo francés —dijo— ha conservado un talento excepcional para hacer algo de nada y crear acontecimientos dramáticos que se comentan a continuación de forma indefinida.»

A pesar de todo, lo cierto es que desde 1969 Aron se convirtió, como él mismo admite, en una especie de «mandarín» del mundo intelectual y político francés. Son los años en que cualquier artículo de Aron tiene una importancia decisiva en el escenario político francés e incluso en el internacional. A partir de 1977 su tribuna no es ya *Le Figaro*, sino el semanario *L'Express*, pero, siendo ésta la revista francesa de mayor circulación, la importancia de sus pronunciamientos no sólo no disminuyó, sino que se acrecentó. Su posición con respecto al poder no varía: era con frecuencia crítica, aunque, no con menor frecuencia, también coincidente. Se opuso Aron a la actitud de De Gaulle con respecto a la guerra árabe-israelí, juzgando que el general, si no era antisemita, sin embargo, a veces contribuía a hacer aceptable el antisemitismo. No apoyó al general en su referéndum de 1969 y sí que lo hizo a Pompidou en la elección de 1974. Con respecto a Giscard, da la sensación que fue el político francés por el cual Aron sintió mayor simpatía: en el fondo les unía tanto el liberalismo como la brillantez en el análisis. No dejó, sin embargo, Aron de reprochar a Giscard tanto la política interior (la conversión de Chirac en enemigo) como la política exterior, en la que el Presidente francés acabó por dar una visión en exceso inocua de la Unión Soviética. Llegó incluso a emplear la expresión «finlandización voluntaria» aplicada a la política exterior giscardiana. A veces al presidente francés le reprochaba no darse cuenta de que la historia es trágica y mantener una actitud que parecía mostrar la evidencia de que todos los conflictos eran solubles mediante la negociación y los compromisos razonables.

Pero, en lo que respecta a la política interior francesa, quizá lo más



importante de la labor de Aron estos años consistió en la crítica a la izquierda. Fue él quien definió el programa económico de la coalición entre socialistas y comunistas como «un círculo cuadrado» y quien reprochó, indirectamente, tamaña «extraña alianza» a las circunstancias creadas por la política de la V República. En gran parte se debe a sus críticas el que la izquierda cambiara su programa electoral. Aron siempre votó a Giscard, aunque en la última elección lo hizo sin demasiado entusiasmo.

A lo largo de la década de los años setenta el interés intelectual de Aron se trasladó al mundo de la política internacional. Por supuesto, también utilizaba lo sucedido en otros países para la contienda intelectual en el propio: así sucedió con Chile y Portugal, respecto de los cuales destruyó las simplificaciones de la izquierda. Pero su gran preocupación de los últimos años de su vida fue la decadencia de Occidente, como para cerrar el ciclo que había iniciado con sus estudios en Alemania. Criticó las ingenuidades del pacifismo, la creencia generalizada de que el comercio con la Unión Soviética traería la paz con ella y la opinión de que la alternativa a la guerra era únicamente una distensión entendida como desarme unilateral. Lamentó el miedo de los europeos y el deterioro de la democracia hasta convertir a los ciudadanos en puros consumidores o en instrumento al servicio de grupos de presión. Amigo de Kissinger, alababa su capacidad de gestión en momentos de crisis, pero no olvidó que la decadencia norteamericana se produjo precisamente cuando él era secretario de Estado.

En mayo de 1977 sufrió Aron un ataque cerebral y, como cuenta en sus *Memorias*, «la muerte se me convirtió de un saber abstracto en un horizonte cotidiano». Entonces, su obra como articulista siguió fundamentalmente centrada en materias de política internacional y en juicios siempre acerados y certeros sobre la gestión del gobierno de Mitterrand. Pero, sobre todo, reflexionó sobre su propia trayectoria. En la última parte de sus *Memorias*, tan oportunamente aparecidas cuando sólo le quedaban unos meses de vida, hay un balance que es a la vez amargo y esperanzador acerca del porvenir de la civilización occidental o democrática. Se puede decir que es amargo el diagnóstico sobre la real incapacidad de renovación ideológica, que, según él, no estaba representada ni por los «nuevos filósofos» ni por los jóvenes que han descubierto la evidencia del totalitarismo comunista, ya apreciada por Aron hacía muchos años; pero juzgaba, en cambio, positivo el hecho de la práctica desaparición de un pensamiento marxista-leninista de verdadera influencia. Con respecto a la situación internacional y la interna en las potencias democráticas, veía, desde luego, una evidente decadencia muy típica de un «fin de siglo». Pero, y aquí estaba lo esperanzador en su juicio, apreciaba también las posibilidades de regeneración siempre implícitas y, al mismo tiempo, evidentes en un sistema democrático. En esto probablemente consiste la herencia que nos ha dejado Aron como «espectador comprometido» de la vida de las democracias. Como él mismo concluye en la parte final de sus *Memorias*, los regímenes por los que había luchado, «en los cuales muchos no han

visto nada más que el camuflaje de un poder arbitrario y violento, son frágiles y turbulentos, pero en la medida en que permanecerán libres guardarán fuerzas insospechadas para su regeneración». Este fue el testamento y la herencia que en el momento presente sigue viva y lo seguirá mucho tiempo en la obra de Raymond Aron.

J. T.\*

\* Catedrático.

## BIBLIOGRAFÍA SUMARIA DE RAYMOND ARON

### I. 1928-1940

*La Sociologie allemande contemporaine.* París, Alean, 1935, 176 págs. *Introduction a la Philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique.* París, Gallimard, 1938, 335 págs. *Essai sur une théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine; la philosophie critique de l'histoire.* París, Vrin, 1938, 351 págs.

### II. 1940-1955

*L'homme contre les tyrans.* Nueva York, Édition de la Maison Francaise, 1944, 400 págs.  
*De l'armistice a la insurrection nationale.* París, Gallimard, 1945, 373 págs. *L'âge des empires et l'avenir de la France.* París, Tribune de la France, 1945, 373 págs.  
*Le grana schisme.* París, Gallimard, 1948, 338 págs. *Les guerres en chaine.* París, Gallimard, 1948, 338 págs. *L'opium des intellectuels.* París, Calmann-Lévy, 1955, 334 págs. (hay traducción española).

### III, 1955-1969

*Dix-huit legons sur la société industrielle.* París, Gallimard (Collection Idees), 1962, 378 págs. (hay traducción española).  
*La lutte de classes.* París, Gallimard (Collection Idees), 1964, 378 págs. (hay traducción española).  
*Democratie et totalitarisme.* París, Gallimard (Collection Idees), 1966, 384 págs.  
*La tragédie algérienne.* París, Pión (Tribune Libre), 1957, 76 págs.  
*L'Algérie et la R.épublique.* París, Pión (Tribune Libre), 1958, 146 págs.  
*La société industrielle et la guerre, suivi d'un tablean de la diplomatie mondiale en 1958.* París, Pión, 1958, 182 págs.  
*Immuable et changeante, de la IV<sup>e</sup> a la V<sup>e</sup> République.* París, Calmann-Lévy, 1959, 265 págs.  
*Dimensions de la conscience historique.* París, Pión, 1960, 335 págs. (hay traducción española).  
*Paix et guerre entre les nations.* París, Calmann-Lévy, 1962, 793 págs.  
*Le grana débat.* París, Calmann-Lévy, 1963, 274 págs.  
*Essai sur les libertes.* París, Calmann-Lévy, 1965, 285 págs. Réed. dans la Collection Pluriel, 1977 (hay traducción española).  
*Les étapes de la pensée sociologique.* París, Galiimard, 1967, 659 págs.  
*Trois essais sur l'âge industriel.* París, Pión, 1966, 242 págs.  
*La révolution introuvable.* París, Fayard, 1968, 187 págs. (hay traducción española).  
*De Gaulle, Israel et les Juifs.* París, Pión (Tribune Libre), 1968, 186 págs.

#### **IV. 1969-1977**

*D'une sainte famille a l'autre. Essais sur les marxismes imaginaires.* París, Gallimard (Collection Essais), 1969, 308 págs.

*De la condition historique du sociologue.* Leçon inaugurale au Collège de France. París, Gallimard, 1970.

*Études politiques.* París, Gallimard, 1972, 562 págs.

*République impende, les États-Unis dans le monde, 1945-1972.* París, Calmann-Lévy, 1972, 338 págs.

*Histoire et didectique de la violence.* París, Gallimard (Collection Essais), 1972, 271 págs.

*Penser la guene, Clausewitz,* t. I: *L'âge européen;* t. II: *L'âge planétaire.* París, Gallimard, 1976, 472 págs. y 365 págs.

*Plaidoyer pour l'Europe décadent.* París, Laffont, 1977, 511 págs.

#### **V. 1977-1983**

*Les élections de mars et la V<sup>e</sup> République.* París, Juilliard, 1978, 511 págs.

*Le spectateur engagé.* Entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton. París, Juilliard, 1981, 339 págs. (hay traducción española). *Mémoire.*

*50 ans de réflexion politique.* París, Fayard, 1983, 780 págs.